
Por una historia popular del psicoanálisis

*Entrevista a Florent Gabarron-Garcia
realizada por Thamy Ayouch¹*

Traducción: carlos arévalo plá
Marcelo Real

Thamy Ayouch: *En tu perspectiva de una historia popular del psicoanálisis, de la que se da testimonio en tu reciente investigación², existe el firme propósito de instituir una historia que vaya a contracorriente del psicoanálisis y de sus representaciones, por lo general, de derecha.*

Florent Gabarron-Garcia: No se trata, en primer lugar, de escribir una historia a contracorriente sino restablecer algunos hechos históricos propios del campo analítico, abordando *sus prácticas clínico-políticas, que han sido asumidas como tales*, y que fueron realmente decisivas para la estructuración del psicoanálisis. Por ejemplo, el famoso discurso de Freud de 1918 en Budapest, en el que insta a los analistas a crear instituciones, se inscribe eminentemente en un horizonte de política revolucionaria³. La revolución rusa había estallado unos meses antes, y pronto le llegará el turno a Alemania y Hungría. Como lo atestigua su correspondencia con Ferenczi, Freud no mostraba ninguna nostalgia por el Imperio austrohúngaro, sino todo lo contrario. Para la mayoría de los actores en este escenario, la revolución mundial, iniciada por Rusia, estaba en marcha. Freud depositó sus esperanzas en la persona de Victor Adler, cercano a Engels y fundador de la Segunda Internacional, de quien Trotsky haría un retrato bastante elogioso. En general, la gran mayoría de los analistas participaron activamente en la precipitación de este nuevo orden como miembros de movimientos políticos radicales o estando muy cerca de ellos. Muchos de ellos fueron también militantes, lo que, en esa época, iba de suyo. Por ejemplo, Ernst Simmel, fundador de la policlínica de Berlín, era socialista; Helene Deutsch era cercana a Rosa Luxemburgo; Fenichel era simpatizante del Partido Comunista⁴, etcétera. Fue precisamente en este contexto de propagación y emancipación

1

¹ N. de T.: “Pour une histoire populaire de la psychanalyse” entrevista publicada en *La Nouvelle Quinzaine littéraire*, n° 1187, febrero de 2018. Disponible en: <https://www.nouvelle-quinzaine-litteraire.fr/mode-lecture/pour-une-histoire-populaire-de-la-psychanalyse-entretien-avec-florent-gabarron-garcia-1re-partie-1205> Florent Gabarron-Garcia, psicoanalista e investigador asociado del *Centre de Recherches Psychanalyse et Médecine*. Thamy Ayouch, psicoanalista y profesor del departamento de psicoanálisis de la Université Paris-Diderot.

² F. Gabarron-Garcia, “Pour une histoire populaire de la psychanalyse. De quoi Jones est-il le nom?”, *Actuel Marx*, n° 58, PUF, 2015, pp. 159-171; “Le psychiatre, le fou, l’infirmier et la psychanalyse. Pour une histoire populaire de la psychanalyse 2”, *Actuel Marx*, n° 59, PUF, 2016, pp. 26-41; “L’expérience d’Heidelberg. Pour une histoire populaire de la psychanalyse 3”, *Cahiers internationaux de psychologie sociale*, n° 114, 2017, pp. 189-206; “La psychanalyse au pays des Soviets. Pour une histoire populaire de la psychanalyse 4”, *Actuel Marx*, n° 69, PUF, 2018.

³ Sigmund Freud, *Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica, Obras completas*, tomo XI, Amorrortu, Buenos Aires, 1994.

⁴ ¡Algunos historiadores anticomunistas incluso sospecharán que Eitingon, el principal financiador de la policlínica de Berlín, era un agente de la KGB!

política que se crearon una docena de policlínicas gratuitas⁵. Hay que decir que la caída del Imperio austrohúngaro y el derrocamiento del zar en Rusia propiciaron una revolución subjetiva y sexual, tanto en lo que se refiere a las relaciones de género –sea con respecto a la dominación masculina sobre las mujeres o a la homosexualidad– como a la visión acerca de la infancia o la delincuencia y, más ampliamente, de la familia. Se estaba llevando a cabo una crítica radical de la moral y de las costumbres que, en parte, iba en la misma línea que la del psicoanálisis. Así fue como publicaciones sobre Freud circulaban entre espartaquistas⁶, que en su mayoría eran feministas. Los revolucionarios van a recurrir a los analistas y los apoyarán en la creación de instituciones nuevas. Tal será el caso de Ferenczi en la República Soviética Húngara⁷, por ejemplo, como también en la Rusia revolucionaria, donde se creó un hogar para niños y el Instituto Estatal de Psicoanálisis en 1921 y 1923, respectivamente. Desde este punto de vista, Moscú cumplía el deseo freudiano de 1918, ya que el nuevo Estado ruso fue el único en “reconocer sus obligaciones” (por utilizar la fórmula freudiana) hacia las clases pobres. En efecto, allí los analistas no tuvieron que iniciar el movimiento de las policlínicas con fondos propios. En este escenario, Rusia representó, sin duda, una esperanza, incluso para Freud, quien, impresionado, dio su apoyo a los analistas bolcheviques y no dudó, hasta 1927, en calificar la experiencia comunista como “un gran experimento cultural”.

T. A.: *Esta perspectiva del psicoanálisis, a partir de las prácticas, me parece realmente decisiva, ya que nos permite renovar nuestra visión tanto acerca de los analistas como de Freud. ¿Qué enseñanzas extraés de esto?*

F. G.-G.: Varias cosas. En primer lugar, este enfoque tiene un interés epistemológico evidente: nos permite *releer los textos clásicos de nuestro campo*. En efecto, no es lo mismo abordar la teoría analítica y su metapsicología desde un punto de vista puramente exegético que a la luz de las prácticas concretas. No se trata, por supuesto, de leer los textos reduciéndolos a su contexto, en una especie de sociologismo, sino más bien de esclarecerlos a la luz de las posibilidades prácticas que los analistas han encontrado o inventado para ejercer el análisis. Por ejemplo, no se puede entender lo que algunos llaman “el pesimismo freudiano” sin el contexto geopolítico catastrófico en el que Freud lo expresó –el ascenso del nazismo y del fascismo–, ni tampoco se puede ignorar el contexto lleno de esperanza que acabo de esbozar muy brevemente, que lo precedió y que reinaba en toda la comunidad analítica europea. A falta de esta contextualización a partir de las prácticas, a menudo caemos en una visión que corresponde a lo que llamo –siguiendo a Robert Castel, aunque en un sentido más amplio– “psicoanalismo”, que hace del pesimismo cultural una verdad antropológica –o incluso un hecho del inconsciente– y de Freud un eterno reaccionario. Sin embargo, hay un Freud que apoya las experimentaciones llevadas a cabo durante la Rusia revolucionaria –así como la inscripción del psicoanálisis en la ciudad, en especial, a través de la pedagogía– y que no

⁵ La orientación política se expresa incluso en la elección de la ortografía: la *i* de “*policlinique*” (“policlínica”) significa la política, la ciudad [N. de T.: *i* de *polis*; no y de *poly*, que significa “mucho”].

⁶ N. de T.: la Liga Espartaquista fue un movimiento revolucionario marxista organizado en Alemania durante los últimos años de la Primera Guerra Mundial. La Liga fue nombrada en honor de Espartaco, líder de la mayor rebelión de esclavos de la República Romana. Fue fundada por Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Clara Zetkin, entre otros.

⁷ N. de T.: La República Soviética Húngara fue un efímero régimen comunista en Hungría, instaurado por la unión del Partido Socialdemócrata y el Partido Comunista en la primavera de 1919, ante la grave crisis interna en el país. Se inició el 21 de marzo de 1919 y terminó el 1° de agosto del mismo año.

debe ser eclipsado por la imagen del “último Freud”, que critica el comunismo y al que cierta doxa ha resaltado de forma excesiva. Para Freud, en 1918, el psicoanalista esclarece hasta al político y se le *adelanta con su acción*. Tenemos que ver esto desde el punto de vista de las prácticas y del contexto político para entender por qué Freud cambia su postura. Cuando hizo su crítica “pesimista” en 1929, ya todo se había terminado: no solo en términos políticos –Stalin había tomado el poder y ya no tenía oponentes, mientras toda Europa estaba a merced del ascenso del fascismo–, sino que toda experiencia psicoanalítica se había vuelto imposible –el Instituto Estatal de Psicoanálisis había sido clausurado en Rusia, y el psicoanálisis considerado definitivamente una ciencia burguesa. Se puede incluso suponer que su “pesimismo” es proporcional al optimismo práctico que él y todos los analistas mostraron en la etapa inmediatamente anterior. En todo caso, cabe señalar que Freud no es neutral cuando apoya a los analistas bolcheviques, como tampoco lo será cuando, más adelante, condene el comunismo. Su trabajo es un verdadero *work-in-progress* que no es independiente de la historia ni de sus posibilidades.

T. A.: *En otras palabras, escribir una historia de las prácticas del psicoanálisis permite sacarlo de esa historia oficial de interminables dinastías analíticas que a muchos hoy en día les encanta. Más aún, considerar las preocupaciones de clase, así como también, se podría decir, de género o de raza, como efecto de “militancia política” en las antípodas de los objetivos del psicoanálisis, para inscribirlo en la esfera etérea de lo intemporal y de lo a-político, ¿no será un procedimiento que, por más que pretende negar la historicidad de las formaciones discursivas del psicoanálisis es, en realidad, en sí mismo político?*

F. G.-G.: Sí, y allí reside el interés de recordar estos hechos de la práctica, algunos de los cuales, al parecer, son hoy en día curiosamente olvidados. Por ende, esto cuestiona a quienes, en nuestros círculos, están produciendo una imagen tan truncada de nuestra disciplina, que a veces raya con una verdadera forclusión de la historia. Debo insistir, sin embargo, en que la historia popular, en principio, no está al servicio de un proyecto que consistiría en inclinar el psicoanálisis hacia la izquierda, sino que sencillamente consiste en restablecer su historia ocultada, que, *desde el punto de vista de las prácticas, puede ser de izquierda, pero no siempre*. Por ejemplo, no es poca cosa el gesto de Jones que expulsa a los judíos y a los “rojos” del Instituto Psicoanalítico de Berlín. La historia oficial (que, en realidad, fue escrita por él) habló entonces de “salvar al psicoanálisis”. La idea era que el psicoanálisis debía permanecer *neutral* y aceptar compromisos con el nazismo. Muchos analistas, con razón, protestaron, y no eran los menos: Eitingon, Reich, Fenichel... ¡Y, en efecto, más que “salvarlo”, esta estrategia resultó ser la de su perdición absoluta! El Instituto Psicoanalítico de Berlín se convertirá, de hecho, en el Instituto Göring. Por lo tanto, la historia popular es también la historia problemática de las relaciones de los analistas con los contextos históricos y *lo que hacen con ellos*. Sin embargo, ¿qué hacen hoy muchos analistas contemporáneos cuando repiten a coro la versión jonesiana de la historia de nuestra disciplina, con sus ocurrentes palabras sobre la supuesta “neutralidad” de Freud? Repiten una visión truncada, promueven una historia “revisada”, en la que el “verdadero” psicoanálisis se caracterizaría por su capacidad de mantener distancia respecto a la política. Pero nada es menos neutral que esta operación “revisionista” que silencia las prácticas.

T. A.: *Cuando leí tus artículos me llamó la atención una correspondencia histórica que no es para nada casual. Ernest Jones, artífice de la despolitización del psicoanálisis –en realidad, de su conservadurismo, e incluso de sus filiaciones nazis, como vos mismo afirmás– es también el autor de la prohibición tácita en la IPA (Asociación Psicoanalítica Internacional) del acceso de homosexuales a la posición de analista. Mientras que Otto Rank, al igual que Freud, defendía la despenalización de la homosexualidad, Jones consideraba que la homosexualidad era un crimen repugnante a los ojos del mundo. La purga en la IPA de los psicoanalistas más comprometidos que Jones llevó adelante para “salvar al psicoanálisis”, se acompañó de la expulsión de los homosexuales que duró ochenta años y que aún hoy sigue vigente en algunas escuelas. De hecho, en los últimos años se ha producido una reactivación nosográfica de las diferentes reconfiguraciones contemporáneas de las sexuaciones y las sexualidades.*

F. G.-G.: A Jones siempre lo encontramos en los “juegos sucios”, como lo han remarcado varios historiadores que, al leer su historia oficial, encuentran graves omisiones, o incluso mala fe, por no decir más... Su conservadurismo va de la mano de su gusto por el poder y su excesiva ambición. Ferenczi ya le había manifestado a Freud la inclinación de Jones por los complots y los rumores de pasillo, lo que le impedía profundizar en su análisis. Pero más allá de Jones y de sus posturas reaccionarias tras bambalinas, en el fondo no es más que el nombre de un síntoma en nuestro campo. La inflación nosográfica de los últimos años que mencionás es bastante reveladora. Pero creo que no solo toca a las minorías sexuales. ¡Basta con ver qué se supone que designan estas nuevas y disparatadas categorías psicopatológicas! La reciente seguidilla de suicidios en el trabajo fue interpretada en términos de psicosis, calificadas en esta ocasión como “ordinarias” (frente a las antiguas, llamadas, de pronto, “extraordinarias”, como la de Schreber)⁸. Una “nueva economía psíquica” estaría en marcha: en este sentido, la gente de los suburbios que prende fuego para protestar sería, en realidad, psicótica o, en otro ámbito, el matrimonio igualitario ilustraría el rechazo del Nombre-del-Padre y anunciaría la decadencia de Occidente. ¡Algunos llegaron a comparar la entrada de las carrozas de la marcha del Orgullo Gay con la entrada de las carrozas nazis en París! Todo esto es, obviamente, perfectamente grotesco. Al presentar los problemas políticos como problemas psicológicos, la eufemización del malestar a través de la nosografía permite, sobre todo a quienes la hacen, situarse mejor del lado del poder, legitimándolo indirectamente.

T. A.: *Este dudoso uso de la nosografía se puede encontrar también en Historia. En 1969, bajo el seudónimo de André Stéphane, Béla Grunberger y Janine Chasseguet publicaron L’Univers contestationnaire⁹, haciendo del psicoanálisis, como escribió Michel de Certeau, un “aparato higiénico, un servicio de interés público, [...] que absorbe, limpia, elimina”¹⁰. A la solución edípica que garantiza una subjetivación correcta, los autores oponen la solución narcisista articulada por la contestación adolescente, una “evitación del Edipo” en la que el narcisismo de cada quien, su rechazo de la realidad, se refleja en el de los demás. A tales autores que consideran el izquierdismo no como la enfermedad infantil del comunismo sino como su fiebre adolescente, estaríamos tentados de*

⁸ N. de T.: “Psicosis ordinaria” es una categoría acuñada por Jacques-Alain Miller, cf. J.-A. Miller y otros, *La psicosis ordinaria*, Colección ICBA/Paidós, Buenos Aires, 2003.

⁹ N. de T.: André Stéphane, *El universo contestatario*, Picazo, Barcelona, 1972.

¹⁰ Michel De Certeau, *Le nouvel Observateur*, junio de 1965.

responderles que la denuncia de la contestación o, de manera más amplia, de la politización del psicoanálisis, ¡es efectivamente la demencia senil!

F. G.-G.: Sí, y por cierto, con respecto a mayo de 1968, es totalmente falso decir que Freud se habría sorprendido por la implicación de los analistas en el movimiento, como afirman algunos manuales, cuando echamos un vistazo al ambiente profundamente comprometido de los años 1920 que él mismo conoció. ¡También en este caso hay que remontarse a la historia de las prácticas de nuestra disciplina para saber de qué estamos hablando! Negar los hechos históricos para relacionarlos con una metapsicología eterna es una de las formas de negación [*dénégation*] bastante típicas de los paralogismos del psicoanalismo. Los ejemplos son bastante conocidos. No hay más que ver la suerte que corrió la Revolución francesa, “analizada”, por supuesto, ya sea a partir del Terror y del “asesinato del padre” como de la “regresión a la madre”. Este es todo el problema de cierto psicoanálisis que pretende ser capaz de “aplicarse” *ex nihilo* a otros campos.